

Jóvenes: El difícil camino hacia la identidad

Si hay algo claro en la problemática juvenil de nuestros días es que no se puede generalizar sobre «la juventud». La identidad del joven actual no forma una masa compacta, como ocurría antiguamente, sino fragmentada. Las instituciones que ejercían un influjo determinante sobre las nuevas generaciones —familia, escuela, Iglesia...— han quedado como piezas de un *puzzle* que la juventud integra a la carta. Nuevos «lugares» configuran la identidad del joven hoy, pero siempre como elementos variables de un caleidoscopio. Padres, educadores y pastores se hallan ante un reto de compleja posibilidad.

Juan E. Vecchi *

El campo de observación

Un panorama amplio y variado

AÑOS atrás se hablaba sin reparo de «la juventud» como de una realidad única, aun sabiéndose que

* Miembro del Consejo Superior de Pastoral Juvenil. Roma.

comprendía a un 20 por 100 de la humanidad, esparcido por los cinco continentes. Se escribía en singular de la «condición juvenil» y se imaginaba «una cultura» común a todos los jóvenes del mundo.

Hoy se es mucho más cauto. La pretensión de hacer una descripción de «la juventud» es cada vez más rara. Los datos exactos que poseemos se refieren casi exclusivamente a la parte occidental del hemisferio Norte. El «universo» juvenil por el momento queda fuera de observación. Por eso el tipo de estudio que abunda hoy no pretende abarcarlo.

El campo de observación se reduce a una nación, más frecuentemente a una región, a una ciudad o a un barrio. En muchos casos el análisis es sectorial: los jóvenes y la paz, los jóvenes y el trabajo, los jóvenes y la familia, los jóvenes y las instituciones. Cada una de estas variables no se combina de forma estable con las otras.

Cuando alguien se aventura a darnos una imagen, una fotografía «un identikit» del joven o de la juventud se vale de una hipótesis, presenta intentos de interpretación, ofrece categorías para la comprensión: en fin, cualquier cosa que no haga suponer ni de lejos que generaliza o que se siente seguro.

En lugar del término clase o condición juvenil se usa como imagen la galaxia, el planeta, el archipiélago y otras que destacan a la vez la extensión del campo, la dificultad de determinar sus límites y las diferencias objetivas y subjetivas que hay en él.

Se tiene además la impresión de que lo dicho hoy no vale para mañana. Se está frente a una masa proteica que puede cambiar fácilmente su configuración. El barómetro juvenil marca siempre «variable». Es una realidad fugaz en continua transición. Ciertamente después de la difusión del ordenador, del fin de la contraposición de bloques e ideologías, algunas cosas han cambiado en la percepción del mundo y en la actitud de los jóvenes.

Para abarcar con exactitud todas estas diferencias no bastan las clasificaciones. Por eso, cuando se las usa, se siente la necesidad de justificarse previamente; se podría ser acusado de simplificación.

Puntualizaciones necesarias

AL hablar, pues, de «la juventud» se imponen desde el principio algunas puntualizaciones. La primera es la delimitación del campo juvenil.

Hoy se acepta generalmente que la juventud, entendida como categoría de edad, se extiende de los quince a los veinticuatro años y comprende dos grupos: los adolescentes y los jóvenes adultos (1). Los primeros son aquellos que para la sociedad han dejado de ser niños, pero no gozan todavía de las prerrogativas del adulto. Se hallan en un período de transición, bajo la responsabilidad paterna, con autonomía limitada.

Jóvenes, en cambio, son aquellos que nominalmente han adquirido los derechos y las funciones del adulto, pero se hallan detenidos, por una especie de moratoria psicosocial, en el umbral de las responsabilidades familiares, políticas, profesionales. Tal moratoria se debe a las exigencias de la preparación para entrar en el mercado del trabajo, a la dificultad de obtener el primer empleo y a la consiguiente dependencia económica.

Referida a la experiencia escolar «la juventud» comprende los últimos años de la enseñanza secundaria y la universidad.

Estos límites de edad hay que entenderlos de forma flexible. Son simples indicadores más que confines rígidos, excepto en las estadísticas.

Donde de la niñez se pasa directamente al trabajo el límite inferior desciende por debajo de los quince años. En el mundo desarrollado el fenómeno de la desocupación desplaza hacia arriba el límite superior. Hay legislaciones que han puesto el término legal de la juventud en los veintinueve años (2).

Juventud, en efecto, hoy no es un concepto psicobiológico, sino más bien sociológico: un conjunto de condiciones, actitudes y comportamientos que caracterizan un determinado estrato de población debido a su colocación en la sociedad.

Siguiendo un criterio análogo, cuando hablamos de la juventud como grupo «religioso-cristiano» nos referimos a los que han cumplido el período de la iniciación cristiana que culmina en la confirmación. Tienen lugar entonces algunos fenómenos característicos. La fe recibida y aprendida debe afrontar de forma personalizada los interrogantes de la vida adulta y confrontarse con los problemas de la sociedad y de la cultura. Un gran número de jóvenes abandona la práctica religiosa regular y se aleja de la institución-comunidad eclesial. Una minoría asume un compromiso cristiano que lleva a implicarse en las parroquias, en los movimientos eclesiales, en las iniciativas de caridad y de promoción cultural, en el testimonio personal.

(1) Department of International Economic and Social Affairs: *The situation of Youth in the eighties and prospects and challenges for the year 2000*, United Nations, New York, 1968.

(2) Cf. Italia, Ley 285.

Dos categorías clave

Diversas aproximaciones

DELIMITADO el segmento de edad y admitidas las diferencias por continentes, condiciones de vida, contextos sociales, subgrupos espontáneos y otras variables, queda la pregunta más seria: ¿qué tipo de aproximación asegura la comprensión adecuada del fenómeno juvenil y resulta útil para el joven y para quien tiene responsabilidad educativa o pastoral? (3).

Algunos estudios se limitan a la estadística. Ofrecen datos que permiten evaluar la difusión de determinados comportamientos, aspiraciones y opiniones entre los jóvenes. Otros son descriptivos, pero no se aventuran en una profundización de tipo teórico o interpretativo. No ofrecen una organización plausible de la multitud de datos. No dan, por lo tanto, una explicación aceptable de la actual situación juvenil y de sus relaciones con otros hechos sociales.

Quien intenta este camino tiene que elegir algunas categorías que influyen de forma decisiva en las conclusiones. Las más frecuentes en los estudios actuales son: la fragmentación de la experiencia juvenil, su marginalidad respecto del sistema social, la complejidad del contexto en el que tiene lugar, la transformación postindustrial que caracteriza este contexto, la abundancia de oportunidades que la sociedad postindustrial ofrece a los jóvenes, las dificultades para elaborar la propia identidad en este contexto (4).

En torno a estas categorías se ordena y se ilumina un cierto número de datos. No siempre, sin embargo, están suficientemente definidas ni científicamente fundadas. Usadas de forma aislada o exclusiva no logran dar razón de todo el fenómeno juvenil y pueden llevar a un desenfoque unilateral.

Otras están contaminadas por presupuestos ideológicos, por prejuicios espontáneos o intereses sociales.

Un criterio

POR ello es recomendable no tomar ninguna como absoluta y única, sino valerse de una aproximación múltiple al

(3) Milanesi, G.: *I giovani nella società complessa*, LDC, Turín, 1989.

(4) Cf. Milanesi, G.: «Giovani», en *Dizionario di Pastorale Giovanile*, LDC, Turín, 1989.

fenómeno juvenil sea desde el punto de vista de las disciplinas como desde el punto de vista de las categorías.

Este criterio tiene dos aplicaciones inmediatas. Bajo la influencia de una cierta visión de la realidad, algunos estudios veían en la estructura social, y de forma especial en sus aspectos económicos, el origen y la causa de todo el fenómeno juvenil.

Ultimamente se ha vuelto la mirada hacia la subjetividad. Se ve como un factor en parte condicionado y en parte original, capaz de modificar la estructura y producir nuevos hechos sociales. La perspectiva completa es entonces ver ambos elementos, estructura y persona, en interacción, sin atribuir a priori un peso absoluto a ninguno de los dos. En efecto la influencia de cada uno y el resultado final de la interacción entre ambos varía de contexto a contexto.

Semejante y conectada con ésta está la cuestión del papel de la juventud en el sistema social. A priori algunos le atribuyen una función innovadora, de cambio. Abunda esta visión en los escritos eclesiásticos. A priori otros la consideran simple reproducción del sistema social, que tiene en sus manos los instrumentos para influir, seleccionar, incorporar y marginar según sus leyes y ventajas.

Ciertamente la población juvenil lleva en sí un potencial de futuro por las demandas que la caracterizan y los valores que persigue: autenticidad, protagonismo, personalización, verdad. Tal imagen no se puede aplicar a cada uno de los jóvenes o de los contextos. Expresa solamente una razonable confianza en lo que los jóvenes pueden representar, si son acompañados con una acción educativa y se les abren posibilidades de participación. De hecho en algunos contextos han pasado y siguen pasando generaciones de jóvenes que no lo modifican más de lo que lo hacen las generaciones adultas.

Es irreal, por lo tanto, hablar de la juventud sólo en términos de recursos sin tener en cuenta sus condiciones concretas de existencia.

En estos últimos años se han usado, entre otras, dos categorías que ofrecen la ventaja de poner continuamente en relación el contexto social y la persona y de seguir la interacción entre ambos. Alcanzan además a recoger una cantidad de datos y observaciones en torno a núcleos interesantes desde el punto de vista educativo. Son la complejidad de la sociedad en que se desarrolla la experiencia juvenil y la búsqueda de identidad por parte de los jóvenes.

La complejidad social

EL escenario en que nace, vive y se desarrolla el joven hoy es una sociedad cuyo rasgo más saliente es la complejidad

(5). La complejidad no se debe a un proyecto histórico directo, a una corriente ideológica o política. Es el resultado de la evolución de muchos factores: la libertad personal y pública, la comunicación, la transformación postindustrial, la difusión de los bienes de consumo.

Las sociedades «simples» y la sociedad «compleja»

EN las sociedades «simples» uno o pocos centros logran crear e imponer, con su autoridad jurídica y moral, normas de comportamiento, pautas de pensamiento, evidencias colectivas, principios de legitimación que son aceptados por todos. Esto plasma la cultura y constituye el contenido de la educación y de la transmisión generacional. Quien viola este código aparece como «anormal», «distinto» y, en no pocos casos, «culpables».

Los roles sociales son definidos y estables; las pertenencias que cada persona expresa, pocas y totales: la familia, la religión, la nación, el grupo social.

La sociedad «compleja», en cambio, vista en su composición material, se caracteriza por la multiplicidad de ámbitos de vida y de comunicación en la que la persona se expresa libremente.

Se han multiplicado en número infinito las instituciones y éste es uno de los factores de la complejidad. Pero junto a las instituciones se legitiman lugares sociales y circuitos de comunicación en los cuales se tejen relaciones y se elaboran proyectos. Las personas acceden y participan de estos diversos ámbitos no según normas fijas, sino de forma espontánea y variable.

No se percibe la fuerza de un «centro» capaz de imponer a todos o a la mayor parte un sistema de ideas, comportamientos, roles, pertenencias. Los centros son muchos; sus hegemonías, provisionales. Su legitimación objetiva, débil. Valen en la medida y por el tiempo que sirven.

La sociedad «compleja» es potencialmente pluralista como los individuos que la componen. Admite las diferencias sin culpabilizarlas.

No pretende colocarse como «centro ético» respecto de la persona. Distribuye bienes y servicios. Las opciones éticas y el sentido de la vida los deja a la subjetivi-

(5) Bacchi, G. L., Cerutti, M. (preparado por): *La sfida della complessità*, Feltrinelli, Milán, 1987.

Vattimo, G.: *La società trasparente*, Garzanti, Milán, 1989.

Delai, N.: *La società abbondante*, Euroitalia, Roma, 1990.

Milanesi, G.: *I giovani nella società complessa*, LDC, Turín, 1989.

Rusconi, G. E.: «Il concetto di società complessa», *Quaderni di sociologia*, 1979, 2-3.

dad. El caso más claro es el de aquellos estados que no han considerado legítimo poner clase de moral obligatoria como alternativa a la clase de religión libre. La sociedad no tiene una ética personal que proponer a sus ciudadanos y grupos.

La complejidad proviene entonces no sólo de la multiplicidad material de los lugares de vida y comunicación, sino del hecho de que individuos, grupos y sistema social no actúan unos sobre otros de forma vertical sino circular.

Características

LA sociedad «compleja» conlleva algunas características que interesa destacar.

Los procesos de socialización son débiles o por lo menos difíciles. No hay una institución o «un sistema de instituciones» capaz de transmitir de una generación a otra un capital cultural y moral indiscutido y uniforme.

Los ámbitos de vida, los circuitos de comunicación convergen o divergen, se combinan o interfieren sin reglas sociales, según acuerdos ocasionales de quienes actúan en ellos.

Como consecuencia la persona va desarrollando pertenencias múltiples, no conectadas rígidamente unas con otras. Elige los ámbitos preferidos y expresa de formas diversas su adhesión a ellos. El exceso en la cantidad repercute en la intensidad: las pertenencias no son totales, sino limitadas; no definitivas, sino provisionales.

La biografía es «abierta». Las personas no se definen de una vez para siempre por un rol, porque éstos son múltiples y variables. Un joven que estudia no acepta ser clasificado de forma definitiva y total como «estudiante», excepto en las listas de la escuela. Desarrolla otras actividades que para él son tan importantes como el estudio o más. Lo mismo acontece con el «obrero». La «clase» ha desaparecido como indicador de cultura, referencia de identificación, y fuente de compromisos.

El pluralismo de mensajes y centros y la renuncia a la intencionalidad normativa por parte del sistema social producen una neutralidad respecto de los valores y una relativización de las diversas opciones.

En la sociedad compleja tienen derecho de existencia y de expresión no sólo las grandes categorías sino también las minorías; no sólo los «irreprochables» sino también los «diversos». Florecen los dialectos, se constituyen asociaciones de homosexuales. Se escucha la voz de los que defienden la legitimidad del aborto y la de quienes militan en el movimiento por la vida.

El desafío: la identidad

LA reacción de los jóvenes «en» más que «contra» esta sociedad asume diversas modalidades, que no se presentan homogéneas, coherentes, estables ni siquiera en el mismo sujeto. Hay una cuota no indiferente de conformismo, de utilización y de evasión, así como también de identificación, solidaridad y compromiso con el sistema social. No es fácil detectar los factores que determinan las «mezclas» que cada uno hace de estas actitudes, o los «modelos» en estado casi puro de cada una de ellas.

Una clave para descubrir y ordenar estos factores es el esfuerzo a que el joven se ve sometido en la búsqueda y construcción de su identidad personal. Esto explicaría la conflictividad, la desadaptación, los criterios de negociación que los jóvenes adoptan en el encuentro con otras expresiones sociales (6).

Naturalmente, si se la quiere aplicar con fruto, hay que ir más allá de la simple enunciación genérica. La palabra «identidad» comprende demasiado. En ella se puede hacer entrar todo lo que se refiere a la persona. Por ello es inadecuada para explicar cada uno de los fenómenos juveniles. No conviene por lo tanto considerarla como categoría única.

La identidad es un dinamismo fundamental de la persona en cualquier período de su vida, pero reviste particular importancia en la fase juvenil. Explicar lo que es significa adentrarse en un laberinto. Son varias las ciencias que tratan de aclararlo partiendo del propio campo de observación y siguiendo un método propio: la antropología, la psicología, la sociología. Dentro de cada ciencia hay además corrientes y conclusiones diversas.

Menos difícil es captar cómo funciona. Regula, integra y organiza en torno a un centro de unidad interior todos los procesos y contenidos psíquicos: las diversas experiencias, el concepto de sí, las representaciones que llegan del ambiente, los estados emocionales, los sistemas de significado, el proyecto de vida.

Como resultado la persona adquiere conciencia de la propia originalidad y

(6) Balbo, L. (y otros): *Complessità sociale e identità*, Angeli, Milán, 1980.

Bolocan Parisi, L., Ferrario, G.: *Il lavoro di gruppo con gli adolescenti. Identità a confronto*, Nuova Italia Scientifica, Roma, 1990.

De Pieri, S.: «Identità» en *Dizionario di Pastorale Giovanile*, LDC, Turín, 1989.

Gareli, F.: *Complessità sociale e identità giovanile*, «Problemi della transizione», 1982.

Montesperelli, P.: *La maschera e il «puzzle». I giovani tra identità e differenza*, LDC, Turín, 1989.

Milanesi, G.: *I giovani nella società complessa*, LDC, Turín, 1989.

percibe la continuidad de su ser en el fluir de los hechos y objetos, personas e ideas, con los que ha entrado en contacto. Sobre todo se vuelve capaz de asimilar de forma dinámica y enriquecedora experiencias diversas, adaptándose sin perderse frente a situaciones nuevas.

La identidad es el nudo por el cual pasan todos los hilos de una relación positiva entre individuo y sociedad. Si no funciona, la persona «se pierde» o se radicaliza y no aprovecha lo que le ofrecen la estructura y la convivencia social.

La construcción de la identidad

LA identidad madura mediante una serie de «identificaciones» con ambientes, personas y roles que se van experimentando y superando en su materialidad, pero capitalizando en lo que tienen de significativo.

El problema educativo de la identidad no es nuevo ni típico de esta generación. En todas las épocas los jóvenes han tenido que afrontarlo para colocarse en el sistema social: Lo nuevo es la situación o escenario en el que hay que elaborarla hoy: la sociedad «compleja».

En la sociedad tradicional la identidad se experimentaba y se iba construyendo mediante la aceptación de valores y normas, comportamientos, relaciones y legitimaciones. La sociedad, además de un sistema simbólico unitario, ofrecía modelos estables de identificación. Se puede decir que proponía y transmitía una identidad colectiva. La persona se reconocía en ella asimilándola con variaciones personales según su condición de vida (joven, adulto, anciano, varón, mujer), según la situación social (rico, clase media, pobre) la ocupación (propietario, profesional, empleado, obrero), el rol social y las pocas pertenencias.

En las sociedades «complejas», de la autonomía personal, de la información sin límites y del exceso de oportunidades, la definición de la identidad es un proceso más trabajoso. No se recibe; se la debe construir cada uno, de forma individualizada. No basta «reconocerse» en la que la sociedad transmite. Hay que inventarla valiéndose de los materiales de que se dispone. Se ha pasado de la vigencia de una identidad «social» a la identidad personal.

Estamos asistiendo a la erosión de las reivindicaciones colectivas, porque la percepción subjetiva de un mismo estado y situación es diversa de persona a persona. El hecho de ser joven no crea identidad común a la cual referirse para modelarse. Se es joven de mil maneras. Lo mismo acontece con el ser trabajador o pobre. Hay un juego doble de adaptación: compartimos intereses prácticos con

las personas de un grupo; nos distinguimos del grupo en las concepciones o modalidades de vida que no satisfacen nuestra preferencia personal.

Dificultades

EN tal contexto la elaboración de la identidad presenta dificultades. Por eso se usa la expresión «lucha por la identidad». El camino hacia ella ha sido comparado a un «recorrido de guerra».

En efecto se combinan tres factores de dificultad. Por un lado se da un aumento de oportunidades, recursos, espacios de libertad y caídas de controles sociales y familiares. Parece como si se le dijera al joven: sé lo que quieras, elige tus materiales y constrúyete tú mismo. Es como una promesa de autonomía sin límites, de autodefinición y autorrealización.

Tal «libertad», sin embargo, choca con los límites naturales de la persona lanzada con la imaginación más allá de sus posibilidades. Y va a dar también contra las barreras que le opone la sociedad postindustrial: el mercado del trabajo, la prolongación de la dependencia, los límites de la participación pública, la competencia férrea sin exclusión de golpes.

Esto origina un sentimiento de precariedad y marginalidad que hace a los jóvenes vulnerables a la manipulación. En esta situación el poder económico trata de determinar las preferencias de la persona mediante procesos capitales de persuasión, orientados a la adquisición de productos. Sugiere y produce identificación con los modelos del consumo. Presenta el tipo de varón y de mujer, de belleza, de relaciones, de colocación social que llena la imaginación de los jóvenes, con los que se confrontan internamente cuando piensan en sí mismos y hacen el propio proyecto personal.

Los jóvenes viven, por lo tanto, una contradicción: son empujados a concebir expectativas que exceden las posibilidades del mismo sistema que las crea; expectativas que son manipuladas desde otras sedes y con otras intenciones para condicionarlos.

Las señales de que es una lucha y no una colaboración son, según algunos, el «silencio» que se ha producido entre las generaciones, la indiferencia hacia los poderes, el distanciamiento de las doctrinas e ideologías, el uso funcional de las instituciones, la provisionalidad de las opciones, el rechazo de las utopías gratuitas, una especie de «desencanto afectivo» de los jóvenes respecto de ideales, personas y promesas.

Los caminos que llevan a la maduración de la identidad en este contexto resultan

numerosos, diferenciados, con muchos senderos secundarios imprevistos, en lugar de los pocos, uniformes y directos de que disponen las sociedades controladas y simples. Se avanza solo, en algunos trechos en grupo, pero nada más.

El valor central: la subjetividad

Valores postmateriales

SIN embargo hay una pista maestra en la que convergen los diversos senderos: la subjetividad (7).

Desde el principio de los años 80 ha tenido lugar una revolución silenciosa en la búsqueda de la identidad por parte de los jóvenes. No hubo una proclamación de principios o una protesta colectiva como en el 68, pero sus manifestaciones fueron apareciendo en todos los ámbitos y se reflejan en todas las estadísticas.

Para explicarla en términos simplificados se ha usado la distinción entre necesidades-aspiraciones-valores materiales y postmateriales.

Los primeros se refieren al bienestar que constituyó la meta del esfuerzo industrial: salud, alimento, casa, trabajo, seguridad, instrucción. Y en relación con ellos, solidaridad de clase, lucha social, igualdad de oportunidades, transformación de estructuras, compromiso político.

Los segundos, característicos de la sociedad postindustrial, apuntan a la calidad de la vida personal: autonomía, relaciones gratificantes (reconocimiento, amistad, amor), información, comunicación, participación, cultura, autorrealización.

Es una distinción que hay que tomar con cuidado. En las sociedades más adelantadas existen grandes áreas de pobreza, no ocasionales ni externas al sistema sino funcionales a él, en las que las necesidades materiales están lejos de ser satisfechas. Se suma la insatisfacción subjetiva de los quedan atrás en la carrera hacia la posesión de bienes superfluos, aunque sus necesidades básicas estén abundantemente colmadas.

No se da entonces un paso en bloque de las aspiraciones materiales a las postmateriales, una sustitución completa o una sucesión natural entre unas y otras.

(7) Cipolla, C.: *Senza solidarietà sociale*, Morcelliana, Brescia, 1986.

Centro Salesiano di Pastorale Giovanile (preparado por), *Ipotesi sui giovani*, Borla, Roma, 1986.

Milanesi, G.: «Giovani» en *Dizionario di Pastorale Giovanile*, LDC, Turín, 1989.

En la sociedad postindustrial a la insatisfacción parcial (de algunos jóvenes) por la falta de bienes materiales se une la insatisfacción general (de todos los jóvenes) por el surgir de las nuevas urgencias que aún no encuentran respuestas.

El grueso de la nueva generación sin embargo se muestra particularmente sensible a las metas postmateriales. Hay una diferencia entre ella y la generación anterior que alcanzó un satisfactorio nivel de bienestar después de una niñez y juventud marcadas por el esfuerzo y la precariedad. Esta última ha conservado la convicción de que el bienestar se conquista con el trabajo y el ahorro, mientras que la primera da como un hecho descontado, pacífico, la cobertura de las necesidades materiales.

La subjetividad

CENTRO y motor de las nuevas aspiraciones es la subjetividad: la necesidad de la persona de ser, sentir y expresarse según la originalidad individual, no como parte de un conjunto, sistema u organismo por legítimo que fuere. Su exasperación, ya notada en algunos estudios, es el narcisismo y la caída de la solidaridad social, aquella actitud por la que no sólo aprovechamos la riqueza económica y humana de la sociedad, sino que nos dedicamos con responsabilidad a crearla.

La explosión de la subjetividad tiene origen en la suficiencia de bienes que la sociedad procura, pero no menos en la nivelación que propugna. Frente a su pretensión de imponer a todos una identidad basada en la posesión de cosas, la persona afirma la importancia de la libertad individual y el derecho a la diferencia. Influye también la supervaloración anterior del compromiso político, como reacción al cual ahora gusta lo «privado».

La subjetividad valora el cuerpo como parte no secundaria ni agregada de la persona, sede de satisfacciones y medio de expresión de deseos espontáneos o propósitos contestatarios. Se han multiplicado no sólo las formas deportivas, sino que prosperan también el «body building», el culturismo, el baile, la identificación masiva con artistas del movimiento, la desinhibición. Esta ha desenganchado de la ética la expresión del afecto entre los sexos.

La corporeidad se pone de relieve también con las prendas «firmadas» y con otras formas originales de vestir.

La subjetividad valora la naturaleza como realidad anterior a cualquier codificación de las necesidades y comportamientos. Se manifiesta en la espontaneidad,

que llega a ser armonía. Se expresa en la ecología, la defensa de los animales y el cultivo de las plantas. Lo «natural» aparece como una cualidad en la propaganda y modela gestos, comportamientos y gustos.

La subjetividad da importancia primordial a la vida cotidiana como defensa contra una continua exposición a la multiplicidad de estímulos, de modelos y de mensajes. En ella la persona tiene posibilidad de tomar decisiones y autogobernar la existencia y de afirmar por lo tanto su identidad en forma flexible.

Los lugares de la identidad

Los jóvenes frente a las instituciones

SIN generalizar se puede decir que los ámbitos tradicionales de identificación eran la familia, la educación formal, el trabajo y en ciertos aspectos la política y la religión que obraban mediante instituciones específicas e interrelacionadas. A estas instituciones se «pertenecía», en ellas y con ellas se interactuaba. Si era el caso se luchaba para transformarlas. Era una relación de confianza, fruición de servicios, responsabilidad.

La relación que los jóvenes entablan hoy con estos ámbitos es diversa. Ha pasado el tiempo de la contestación. «Cambio» y «transformación total» no son ya palabras mágicas. Les ha sustituido una aceptación no «significativa». No hay desafección a estos lugares, pero tampoco afecto o adhesión. El joven no piensa invertir en ellos el propio potencial humano para obtener en cambio satisfacción profunda, pertenencias de valor, aportaciones determinantes para la propia existencia. Alguien la ha definido como presencia sin comunicación, un estar a la vez dentro y fuera.

Las instituciones no comunican lo que interesa a los jóvenes. Los jóvenes están en las instituciones, pero no ponen en ellas su esperanza. Sus expectativas son limitadas y precisas. Por eso abogan por alguna reforma que mejore el servicio pero no presentan batalla campal por su significado o reestructuración radical. Son reveladores a este respecto algunos conflictos universitarios del año 90. Su objetivo eran algunas mejoras instrumentales, no la orientación ideológica o la función de la universidad en la sociedad.

Es una aceptación utilitaria: subordinada a los propios intereses y experiencias. El joven espera de las instituciones ayuda y soluciones prácticas. No les confía los problemas personales y no elabora en ellas los interrogantes que se refieren al sentido de la vida. Expresa una pertenencia «débil». Intercambia y negocia como cliente. No se inscribe como «socio».

Uso, distancia y no pertenencia son las palabras que sintetizan esta relación problemática.

Las causas no están sólo ni principalmente en los jóvenes. La distancia es recíproca. Las instituciones no logran responder a las nuevas demandas. Los jóvenes aprovechan lo que encuentran de bueno. Lo demás lo buscan en otros ámbitos. Se les escapa el valor social de las instituciones.

Al trabajo (8) los jóvenes le piden dinero, más que realización personal o posibilidad de implicarse en el progreso de la sociedad. Ultimamente se ha hablado de recuperar la «ética del trabajo» liberándolo de la valoración puramente económica y subrayando su dimensión humana. Continúa, sin embargo, siendo percibido por muchos jóvenes como «un medio» y una mercancía. No se «vive» donde se trabaja. Se vive en otros lugares. El joven «se adapta» al trabajo y éste pierde su puesto central en la existencia total. Las causas objetivas hay que buscarlas en la desocupación, en la necesidad de asumir un trabajo no conforme a las propias inclinaciones, cuya conexión con la realización personal y con el progreso social no se alcanza a ver y, no la última, la mercantilización de la prestación humana típica de la sociedad capitalista.

La relación con la institución escolar ha sido objeto de investigación en todos los países. Es compleja y presenta no pocas ambigüedades, prevalentemente utilitarista y dominada por la subjetividad más que por la asunción de las finalidades objetivas de la organización escolar (9).

Una parte de los jóvenes trata de cumplir un requisito. Busca en la escuela títulos de estudio más que resultados reales en términos de socialización o capacitación, convencidos de que no prepara para los desafíos de la sociedad actual.

Las expectativas de la mayoría no van más allá de la instrucción e información. Los jóvenes no confían a la escuela la aclaración de sus problemas de vida y la elaboración del sentido. Es una reacción a la «indiferencia» que el ambiente escolar ha mostrado a los mismos problemas. La queja más difundida entre los

(8) Buzzi, C.; Peri, P.: *Tra scuola e lavoro. Atteggiamenti e motivazioni dei giovani verso il lavoro*.

Cavalli, A. (y otros): *Giovani oggi*, Il Mulino, Bologna, 1984.

Cipolla, C.: *Senza solidarietà sociale*, Morcelliana, Brescia, 1989.

Gabassi, P. G. (y otros): *La percezione generalizazionale del lavoro*, Angeli, Milán, 1989.

Milanesi, G.: *I giovani nella società complessa*, LDC, Turín, 1989.

Unesco: *La juventud de los años ochenta*, Sigueme, Salamanca, 1983.

Zarraga, J. L.: *Informe Juventud en España*, Publicaciones de Juventud y Sociedad, Barcelona, 1985.

(9) Baraldi, C.; Turchi, D.: *Educazione scolastica e motivazione allo studio*, Angeli, Milán, 1990.

Butturini, E.: *Disagio giovanile e impegno educativo*, La scuola, Brescia, 1984.

Censis: *La scuola dei paradossi*, Rapporto Censis sui processi formativi, Angeli, Milán, 1989.

jóvenes, confirmada en las diversas encuestas, es «la falta de interés por los problemas personales de parte de los docentes» y «el carácter anónimo de las relaciones en el ambiente escolar».

«De todas las investigaciones no emerge un rechazo de la institución escolar. Pero disminuye la preocupación por el sentido del propio compromiso escolar y aumenta la consideración instrumental de la escuela que se manifiesta a veces en una actitud de distancia y no pertenencia disfrazada de una renovada voluntad de estudiar» (10).

El eclipse de los jóvenes de la política y su desinterés en inscribirse en partidos provocaron primero alarma y, después, algunos esfuerzos para contrarrestar la tendencia. Los resultados son escasos. Las causas, como en el caso de la escuela y del trabajo, no están sólo en los jóvenes (11).

La política sufre una crisis general de credibilidad provocada por el fenómeno de la ingobernabilidad, por la impresión de cierto cinismo en el manejo del poder y en el desarrollo de los debates, por la presencia continua del «escándalo» en la información, por las diatribas inútiles, por las contraposiciones atribuibles sólo a ambiciones personales. Concorre también la caída de las ideologías que ha arrasado consigo el descrédito de los ideales políticos de largo alcance y de los «discursos» teóricos. La parte de la política en la solución de los problemas humanos ha sido, así, reestructurada y su pretensión de totalidad, delimitada.

Los jóvenes «asisten» al espectáculo político. Están vacunados contra la elocuencia. Huelen el juego, sospechan la inutilidad de las muchas componendas y complicadas mediaciones. Se orientan hacia formas de participación controlables por la persona misma y donde ésta pueda dar su aportación y verificar los resultados. Quieren administrar personalmente la propia capacidad social más que entregarla a otros que, en ámbitos lejanos y exclusivos, se aprovechen de ella. Ponen las esperanzas políticas en proyectos concretos y posibles, de poca tensión ideal, realizados por grupos u organismos cercanos.

La misma institución religiosa (12) que concentra en sí no pocas esperanzas

(10) Cf. Butturini, E.: *Disagio giovanile e impegno educativo*, pág. 77.

(11) Cavalli, A. (y otros): *Giovani oggi*, Il Mulino, Bolonia, 1984.

Cipolla, C. (preparado por): *Senza solidarietà sociale*, Morcelliana, Brescia, 1989.

Gnocchi Vianni, C.: *Oltre la politica. Valori e istituzioni per una società nuova*, Angeli, Milán, 1989.

Melucci, A.: *L'invenzione del presente*, Il Mulino, Bolonia, 1982.

(12) Beckford, J.: *Religion and Advanced Industrial Society*, Unwun Hyman, Londres, 1989.

Cebrián Franco, J. J.: *Encuesta R.A.M.*, Madrid, 1985.

Gascard, J.: *Le nuove religioni giovanili*, Paoline, Turín, 1986.

Garelli, F.: *Religione e Chiesa in Italia*, Il Mulino, Bolonia, 1991.

Greeley, A.: *Religious Change in America*, Cambridge Harvard University Press, 1989.

Milanesi, G. (preparado por): *Oggi credono così*, LDC, Turín, 1981.

no llega a modelar con autoridad la conciencia y la identidad. El asentamiento y la pertenencia son «limitados». El joven «selecciona» y sabe que nadie le puede discutir o quitar este poder. Puede estar de acuerdo con las finalidades humanitarias o con la visión social de la Iglesia e incluso usar sus servicios para la satisfacción de ocasionales necesidades religiosas.

La religiosidad ha dejado de ser sospechosa desde el punto de vista psicológico o social (alienación) y es valorada como una dimensión humana que enriquece la personalidad y lleva a la interioridad. Pero es asumida con criterios personales. Prestar fe incondicional u «obediencia» a un organismo o institución en asuntos de pensamiento, moral y culto es otra cosa. La caída de las ideologías no se refiere sólo al comunismo, sino a toda pretensión de explicación total y definitiva, de normativa coherente y obligatoria. Recae, por lo tanto, sobre la «doctrina cristiana», su construcción dogmática y su código moral.

Se da también respecto de la Iglesia una mezcla de respeto y aceptación genérica con distancia, no implicación y autonomía. Bajo el impulso de la subjetividad la experiencia religiosa se desarrolla en el ámbito de la religión tradicional, pero con formas más personales y comunicativas. Simultáneamente se propagan los nuevos cultos, las sectas y las formas religiosas exóticas.

En este panorama crítico la familia queda como un remanso para los jóvenes. El interrogante es hasta qué punto alcanza a influir en la formación de la identidad (13).

Los jóvenes aprecian el ambiente afectuoso y tolerante de la familia, la necesitan como sostén en el período de sus largos estudios y como «refugio» económico mientras esperan entrar en el mundo del trabajo. Se toman, sin embargo, grandes espacios de autonomía sobre los cuales se negocia la paz familiar. Al conflicto entre las generaciones ha seguido la convivencia pacífica: todos en paz y cada uno a lo suyo.

El problema hoy no es el conflicto generacional, sino la comunicación cultural y de valores. Sobre esta comunicación como sobre la familia misma pesa la hipoteca de una intrínseca fragilidad (uniones libres, separaciones, divorcios, conflictos) documentada en todas las estadísticas.

Estos lugares otrora «fuertes», «obligatorios», ejes de la socialización, han sido sacudidos por la complejidad social y por el impacto de la subjetividad juvenil que pone en claro sus límites estructurales y sus atrasos funcionales.

(13) Altieri, L.: *Tracce di libertà. Gli adolescenti tra autonomia e dipendenza. Nuove modalità delle relazioni familiari*, Angeli, Milán, 1991.
butturini, E.: *Disagio giovanile e impegno educativo*, La Scuola, Brescia, 1984.

Donati, P.: *La famiglia come relazione sociale*, Angeli, Milán, 1989.

Grasso, P. G.: *Parabola giovanile dagli anni 50 agli anni 80. Dal particolarismo familistico all'universalistico*, Editrice Universitaria La Goliardica, Roma, 1990.

Nuevos «lugares» y espacios interiores

LA misma subjetividad se orienta preferentemente a los lugares «opcionales», «vitales», «espontáneos»: el grupo, el «ambiente» de expresión preferida (discoteca, calle, bar), la actividad significativa (moto, deporte, turismo). A estos lugares les atribuye un significado que aparece desproporcionado. En efecto sufren de una tal carencia de contenidos y valores que no pueden ofrecer sino sucedáneos ilusorios de la identidad.

Están demasiado contrapuestos a los ámbitos institucionales en la realidad y en la vivencia juvenil. Por eso la integración entre ambos se vuelve difícil. Los jóvenes los frecuentan para descargar tensiones y romper los frenos puestos a la expresión espontánea, como liberación, evasión y experiencia de transgresión.

La aportación que pueden dar a la identidad está en relación con la preparación cultural. Los jóvenes menos pertrechados son los más expuestos a la manipulación del consumismo, a la presión del grupo y al vaciamiento educativo de estos lugares (14).

Pero al hablar de ámbitos de identificación hay otra distinción que ilumina: los espacios «externos» y los espacios «internos». Cada vez menos un espacio externo modela la identidad: ni la escuela, ni la parroquia, ni el partido, ni la clase social, ni el hogar, ni los lugares opcionales.

Ha nacido y crece el transversalismo: una sensibilidad que atraviesa los diversos espacios externos y conecta a los jóvenes por encima de ellos. Hay «ecologistas», «pacifistas», «culturistas» y «voluntarios» entre católicos, protestantes y ateos, entre estudiantes, trabajadores y desocupados, entre liberales, socialistas y conservadores; y por supuesto en todas las naciones.

No es un «sistema» de ideas o valores, fundado en una concepción coherente de la vida. La ideología y cuanto se le parezca no convoca ni inspira. Se trata de sensibilidades que se difunden capilarmente, casi por contagio más que por estructuras, por canalillos subterráneos más que en asociaciones públicas con poder social o político. Los jóvenes van asimilando estas sensibilidades por intuición, a través de contacto y experiencia más que por lógica rigurosa o por imperativo moral.

(14) Adorno, T.: *Introduzione alla sociologia della musica*, Einaudi, Turín, 1971.

Centro Salesiano di Pastorale Giovanile (preparado por): *Ipotesi sui giovani*, Borla, Roma, 1986.

Cavalli, A. (y otros): *Giovani oggi*, Il Mulino, Bologna, 1984.

Costa, N.: *Sociologia del turismo. Interazione e identità del tempo libero*, Cooperativa libraria, IULM, 1989.

Milanesi, G.: *I giovani nella società complessa*, LDC, Turín, 1989.

El tiempo en la nueva identidad

LA percepción del tiempo tiene un peso no indiferente en la maduración de la identidad. Esta incluye siempre una relación con el pasado, del que llega un patrimonio utilizable para realizarse como persona. Su influencia es tanto mayor cuanto más eficaces son los instrumentos de socialización y transmisión, cuanto más capaces son los adultos de «narrar» su experiencia, cuanto mejor sea la comunicación entre las generaciones.

La identidad incluye también una forma de referirse al presente. Hacia él se tiene globalmente un sentimiento positivo (alegría, esperanza, admiración) o negativo (pesimismo, opresión, miedo). Se asumen o se rechazan determinados aspectos o la totalidad, se interiorizan o no criterios, modelos y corrientes de pensamiento, se estructuran en la personalidad o quedan como piezas aisladas determinadas sensibilidades.

La identidad tiene que ver, sobre todo, con el futuro. El proyecto personal y la adhesión a un proyecto colectivo van integrando en unidad las experiencias y aspiraciones vividas en tiempos y lugares diversos.

Es importante la relación que se establece entre estos tres segmentos y la dimensión que toma cada uno en la percepción subjetiva.

Las tendencias que se observan en el comportamiento juvenil respecto del tiempo son: la desestructuración, la dilatación del presente, la remoción del pasado, la contracción del futuro (15).

La desestructuración temporal es la desconexión, la fractura, la discontinuidad entre los diversos tiempos que componen el vivir. Se da en la realidad y en la percepción del joven. Proviene de la dificultad de referirlos a un único proyecto y de darles un sentido unificante.

Desestructuración

PARA explicarla se recurre a la distinción entre tiempo «social» y «tiempo individual». El ritmo, el tono y la finalidad del primero lo dan las relaciones obligatorias y las instituciones. El segundo es «libre». Un tiempo no tiene nada que ver con el otro en relación a la vida, porque es aprovechado según una finalidad inmediata.

(15) Centro Salesiano di Pastorale Giovanile: *Ipotesi sui giovani*, Borla, Roma, 1986.

Los tiempos sociales son afrontados con una serie de mecanismos de adaptación, sin convicciones. El tiempo individual está a merced del consumo. El proyecto queda fuera de entrambos. El uno no tiene gran sentido para el otro y los dos no lo tienen para un proyecto. Se percibe la sucesión, no la unidad.

El presente aparece enormemente dilatado. En función de él se decide. Es difícil diferir la satisfacción de los deseos y renunciar a las gratificaciones en nombre de un futuro. Sucede entonces que los comportamientos no tienen vinculación visible con los ideales. La realización de estos requeriría un tiempo largo, mientras que los comportamientos están determinados por el resultado inmediato.

El pragmatismo existencial destaca, por lo tanto, como una de las características de la actitud juvenil. De ahí la dificultad de hacer opciones definitivas, vinculantes, y la tendencia a vivir en la provisionalidad, difiriendo las decisiones que dan una dirección a la vida. El presente es como un plazo continuamente renovado.

Concurre a esto, junto con otros factores ya mencionados, la comunicación social que presenta, en tiempo real y sin interrupción, la actualidad del mundo. El presente aparece «lleno» de hechos, datos y ofertas. Su epifanía tiene lugar en toda la impresión de encontrarse en el centro de acontecimientos y oportunidades cuya importancia oscurece cualquier otra dimensión del tiempo.

La dilatación del presente se halla en relación con el achicamiento, la contracción de la percepción del pasado. Este fue en otro tiempo elemento y contenido importante de la identidad. La pérdida de vigencia de las certezas inmutables, los cambios de lenguaje, las transformaciones de la vida, el cúmulo de informaciones funcionales que se necesitan para sobrevivir, la debilidad de la socialización hacen difícil hoy unir pasado y presente bajo un mismo significado. Por lo mismo es difícil integrarlos en la biografía personal.

El contenido útil del pasado cultural no es fácil de traducir según los modelos juveniles actuales. La tradición y aun la historia de la generación anterior parecen pertenecer a otros mundos, cuyos códigos de expresión se desconoce.

Esto en parte se debe a la imposibilidad de «aprender» los datos del pasado. Encuestas hechas en Europa y en Estados Unidos revelan un desconocimiento fundamental de los sucesos y personajes históricos del país, incluso de aquellos que se conmemoran anualmente. La época en que se los coloca, las cualidades que se les atribuyen, los hechos que se les asignan revelan una confusión que se presta al humorismo. Es un saber «televisivo». Se conoce un dato aislado, pero no se poseen conocimientos sistemáticos y completos.

Peor aún es el resultado cuando el sondeo va a aspectos menos materiales de la cultura. El pasado está cubierto por una niebla espesa. Admitiendo los límites de todo eslogan, estamos frente a «una generación sin memoria».

Según algunos, esto hay que imputárselo a los adultos incapaces de transmitir de modo creíble la propia experiencia. Para otros en cambio, en los jóvenes se ha decantado la convicción de que lo que los adultos transmiten no tiene aplicación en la vida de hoy y, sobre todo, en la de mañana.

Es claro que el vacío cultural es una de las dificultades mayores para poder imaginar el propio futuro.

Este aparece, por lo tanto, igualmente reducido. Es pobre como factor que actúa sobre la identidad. No tiene la carga explosiva de otros tiempos. La caída de las utopías y la baja de la solidaridad social no favorecen los proyectos a largo plazo. Los objetivos de muchos jóvenes se limitan al período breve y se refieren a la propia situación contingente. El entusiasmo por el «cambio», que produjo solidaridad generacional, ha perdido vigencia. Se vive como en un período de «asentamiento» más que de marcha hacia adelante. La tensión futurista que algunos pretenden alimentar queda en palabras y se vive de forma fugaz, mientras dura la manifestación pública. Después cada uno vuelve a su vida y se aplica a la «buena acción» inmediata que es capaz de programar y realizar solo o en grupo.

Consecuencias

ESTA desestructuración del tiempo, esta desconexión entre presente, pasado y futuro, tiempo social y tiempo individual, tiempo largo y tiempo corto, tiempo fuerte y tiempo blando acumula fragmentos de experiencia pero no plasma identidad.

Produce una incomunicación intergeneracional en la que se ven envueltos no sólo los jóvenes y los adultos, sino también los niños y los ancianos. Las generaciones o grupos de la misma edad se parecen a satélites separados, sin referencias a un sistema único y, por lo tanto, sin aportaciones específicas.

Pero no es menor la incomunicación dentro de la misma generación. Los conocimientos y experiencias que produce y consume el solo grupo de coetáneos se agota pronto. La comunicación generacional se presenta pobre de contenidos. Donde no hay historia ni futuro no se percibe tampoco la función que tiene una generación en la evolución de la sociedad. En tales condiciones es imposible llevar a unidad y homogeneidad el potencial juvenil.

La explicación más benévola sugiere que, ante la ineficacia de la solidaridad colectiva comprobada en experiencias anteriores, los jóvenes transfieren sus expectativas a las relaciones individuales.

* * *

Este panorama de retos y posibilidades ofrece no pocas indicaciones a educadores y pastores. Pero todas forman como una constelación alrededor de una que es la fundamental: la necesidad de personalizar los procesos de maduración humana y religiosa y de prolongar la educación hasta el término de la juventud.